

«*Bonjour, mes dames et messieurs!* Ayer aprendimos la forma correcta de hervir el agua. Hoy aprenderemos la forma correcta de romper un huevo. ¡*Voilà*, un huevo! Pero ¡ajo!, un huevo no es una piedra. No está hecho de madera. Es un ser vivo con corazón. Así que cuando lo rompamos no debemos atormentarlo. Debemos ser misericordiosos y ejecutarlo rápidamente, como con la guillotina. Se hace con una mano. Miren atentamente la muñeca. *Voilà*. Un, dos, tres, ¡crac! ¿Lo ven? Todo está en la muñeca. Y ahora, todos, tomen un huevo. Un, dos, tres, ¡crac! Otro huevo. Un, dos, tres, ¡crac! Otro huevo. Un, dos, tres, ¡crac! Coja un huevo. ¡Crac! La muñeca, ¿eh? Como un látigo. Mire. Un, dos, tres, ¡crac! Otro huevo.

De la película *Sabrina* (1954)
Billy Wilder, Samuel A. Taylor y Ernest Lehman

ME LARGO A PARÍS A LO SABRINA

Me largo a París a lo Sabrina, pero sin intento previo de suicidio. Lo de morirme no me apetece nada, todavía no. Se lo debo a mi París, al que llevo dentro, porque hace veintitrés años me demostró que en este mundo una nunca está sola salvo si lo necesita.

Me voy porque Gato se ha casado y va a ser padre. Me lo dijo Blanca, que parece que se emperre en ser siempre ella la que me va poniendo zancadillas por la vida.

Me largo a París a lo Sabrina, pero como mujer adulta, y por segunda vez.

Me voy a aprender a romper huevos con una sola mano, un, dos, tres, crac, con piedad y rapidez, como con la guillotina. Porque un huevo no es una piedra, porque no está hecho de madera.

A lo Sabrina. Para salir del cascarón.

Emprendí este mismo viaje con diecisiete años. Mi madre me animó a estudiar fuera el último curso de instituto, antes de que empezase la carrera universitaria que ella ya había decidido por mí. «Aprenderás francés pero, sobre todo, aprenderás *muchas cosas de la vida*», dijo. Tenía razón, y eso no pasaba demasiadas veces.

Cuando me lo propuso en febrero me pareció una idea increíble y empecé a chulearme entre los colegas, pero en septiembre cogí el avión llorando. Entre marzo y septiembre, todo, absolutamente todo, fue invadido por el olor, por la

piel, la sangre, los ojos, el aliento, el sudor, los dedos... sobre todo por las yemas de los dedos de Gato.

Subí al avión llorando porque dos horas antes había tenido el primer orgasmo de mi vida. No el primero de todos, claro, si no el primero provocado por alguien que no fuese yo. Seguía siendo virgen en lo que a penetración se refería, pero las yemas de los dedos del mejor guitarrista del instituto me habían hecho temblar en menos de cinco minutos.

Se había quedado a dormir en casa, y no por el hecho de que yo fuese a desaparecer hasta Navidad, sino porque solía quedarse bastante, dos o tres noches por semana, y eso desde que mi madre había dicho que no podía quedarse a diario.

Nos duchamos juntos, en aquel plato de ducha de un escaso metro cuadrado, enjabonando su piel cetrina con mis manos claras, enjuagando mi cuerpo pálido con sus manos ocres. Sus ojos verdes no se movían de los míos, de un azul oscuro inquieto, que intentaban memorizar cada detalle de su extrema delgadez. Se secó en un santiamén y me repasó con su toalla, sin miedos, frenando en los rincones. Después se entretuvo un buen rato en desenredar mi cabellera negra y ondulada, entonces todavía más larga y rebelde que ahora.

No sé por qué nos vestimos, si los dos estábamos pensando en lo mismo, en lo que nunca habíamos hecho, en lo que ya nunca jamás haríamos.

Se puso los pantalones de chándal grises y la camiseta roja del día anterior. Yo me metí en unos vaqueros cortos descoloridos, mal cortados a medio muslo por mí, y en una camiseta blanca de tirantes, sin sujetador; nunca he tenido mucho pecho y entonces todavía no sufría por si se me estriaba.

De vuelta al dormitorio él arregló un poco las sábanas, estirándolas, acariciando con sus palmas secas el aroma de lo poco que quedaba de nosotros. Después se sentó en el borde

de la cama mientras yo acababa de resolver mis últimas dudas sobre qué meter en la maleta.

—¿Llevas la canción?

—Por supuesto que llevo la canción, tonto. Y la carpeta también.

—Ya, pero ¿llevas...?

—Claro que sí.

Se refería a un trozo de papel, porque en aquella época las canciones no se grababan en estudios caseros ni se regalaban en lápices de memoria; en aquel entonces las canciones se componían a lápiz, se cantaban una sola vez, guitarra en mano, y se entregaban en el folio manuscrito original doblado en cuatro.

Claro que sí que la llevaba, y solo me la había cantado una vez pero yo ya me la sabía de memoria. Todavía la recuerdo, e incluso podría cantarla ahora mismo; podría levantarme y recorrer el pasillo, entrar en la cabina de mando, robarle el micro al copiloto y ponerme a berrear, media vida más tarde. Aquella canción me iría ahora que ni pintada, la verdad.

—Ven —me dijo.

Una no podía decir que no ni hacer esperar a ese par de ojos, a ese par de manos, a ese cuerpo escuálido que se expresaba sobre la vida y sobre la muerte con la parsimonia de quien se ha reencarnado doce veces pero con la inocencia de quien acaba de renacer.

Me senté a horcajadas sobre él. Nos besamos.

Sabíamos que la voz de mi madre no tardaría en avisar que había que ir bajando al coche para llevarme al aeropuerto. Creo que fue la intensidad de la prisa y aquel extraño gusto azul salpicado de un amarillo de óxido incipiente. Creo que me amaba. Los dos pensamos solo en mí. En que yo me llevara entre las piernas algo imborrable; algo que dejase mi alma

en Recoletos mientras mi cuerpo despegaba en Barajas, camino de mi año en París. O quizás él también pensó un poco en sí mismo, sí, en retenerme, en no dejarme escapar del todo, claro, porque la soledad lo acechaba, lo había acechado siempre, aunque durante aquellos primeros conciertos que daba no se lo pareciese a nadie, a nadie más que a mí.

Me he quedado medio dormida rememorando por enésima vez el vaivén de sus dedos entre mis bragas y mis vaqueros descoloridos, recreándome en el sencillo orgasmo que me ataría de por vida a aquel primer amor. Espero no haberme movido en sueños.

Me despierta la comandante anunciando por megafonía que en veinte minutos aterrizaremos en París, donde la temperatura es de cero grados centígrados. Todavía siento entre las manos el pelo de Gato, negro y cortísimo, y el calor de su cráneo.

Me largo a París a lo Sabrina porque Gato se ha casado y va a ser padre. Con otra. Con esa *tan maja* de la que me habla mi madre cada vez que ambos se pasan por la tienda, buscando *cositas* para decorar su nidito de amor.

Yo ya lo sabía, que vivía con unas y con otras. Y que follaba con algunas de sus fans, a escondidas, para que nos enterásemos todos. Incluso a veces he pensado que fue culpa mía, que él se convirtiese en un cantautor rompecorazones, porque su corazón no lo rompió otra más que yo. Yo ya lo sabía, que andaba intentando enamorarse de quien fuese, como yo, dando bandazos desde aquella mañana en que, en mi cama adolescente, me robó un grito mojado, para comérselo y para soltarlo después en sus canciones. Lo que no sabía hasta hace dos semanas, hasta que me lo dijo Blanca, es que por fin lo había conseguido. Gato ha conseguido volver a

enamorarse de verdad, mientras yo sigo colgada de nuestros descubrimientos: nuestro primer beso, su primera canción, mi brevísimo primer orgasmo, aquel primer adiós y mi primera traición.

Sigo colgada, como una niña.

He ido a sus conciertos durante años, solo de vez en cuando, porque una no puede estar dándose en la espalda demasiados latigazos seguidos. A veces, me escondía entre los hombros de Blanca y de Luis. A veces, me hacía acompañar por mi novio de turno. A veces, me ponía en primera fila al lado de una amiga nueva y él me intuía y bajaba la cabeza y me sonría desde el escenario, como si yo no fuese la espina envenenada que, clavada en su índice, le impedía puntear bien la tercera cuerda.

Me largo a París para ver si de una vez por todas soy capaz de retomar mi vida donde la dejé, donde la abandoné, donde la escondí tan bien que ni yo volví a encontrarla.

CON UN POCO DE AZÚCAR

¿Será posible que el Charles de Gaulle me reciba con *Cero*, de Dani Martín, a todo trapo por el hilo musical? ¿Acaso no pueden ponerme algo más parisino, algo tipo *Paris nous nourrit*, *Paris nous affame*, de La Rumeur, para darme una bienvenida menos patética y más enfadada? O yo qué sé... ¿No tienen nada navideño para un diecisiete de diciembre? No niego que *Cero* sea una de mis canciones favoritas, pero ahora no, por favor, ahora no.

Arrastro mi maleta nueva hasta los lavabos, me siento en la tapa del váter y me llevo las manos a la cara. Esta letra me hace llorar cada vez que la oigo, como si cada palabra me llevase de nuevo a entonces, a Gato, ¡qué rabia!, ¿por qué no sales ya de mi cabeza? ¿«Ahora toca entender qué hacer con tanto daño»? Pues vale, Dani, que sí, que tienes razón, y lo intento, y por eso estoy aquí, pero cállate, por favor.

Me recojo el pelo en un moño mal hecho y un par de mechones me caen sobre la cara. Me sueno los mocos con un pañuelo de papel sucio que llevo en el bolsillo de los pantalones de pana. Debo de estar horrible.

Alguien golpea la puerta con los nudillos. Debe de oírseme sollozar desde la calle.

—*Ça va?*

Me recompongo un poco para poder mentir.

—*Oui, oui, ça va bien.*

—*Avez-vous besoin de quelque chose?*

Tengo ganas de levantarme, de abrir la puerta, de que me den un micro y de ponerme a chillar con Dani Martín que

«Quierooo que todo vuelva a empezaaar, que todo vuelva a gi-raaar, que todo venga de cerooo, ¡de cerooo!», pero solo digo:

—*No, no, merci, ça va.*

«Ahora toca aprender cómo dejar de querer», ¿vale?, así que déjeme en paz, lárquese, quiero estar sola. Pienso todo eso mientras oigo alejarse unos zapatos de tacón.

Se hace el silencio.

Después de *Cero*, empieza a sonar un villancico en inglés, «*Silent night, holy night. All is calm, all is bright*». Sí, esto está mucho mejor, porque acompaña esta agrisulce sensación de estar volviendo a casa después de tantos años.

Dejo caer la mirada sobre esa maleta roja y brillante que me compré ayer en los grandes almacenes, para disfrazar mi luto de la ilusión de unas vacaciones sola, de una escapada de renacimiento. Pero no, no he venido a pasar las fiestas. Estoy aquí para ver si la herida cicatriza en mi París y mi sangre puede circular al fin tranquila por un circuito cerrado. No quiero releer mi antiguo ejemplar de *La mujer habitada* y no quiero revisar esos gruesos informes del laboratorio que logré meter a golpes en el bolsillo exterior. Ni siquiera quiero ponerme la ropa que he llevado durante los últimos años, esa ropa anodina que solo sirve para no pasar frío bajo la bata blanca que me acompaña la mayor parte de las horas del día.

Me levanto, tiro el pañuelo a la papelera, me recompongo un poco, me cuelgo a la espalda la mochila con las cuatro cosas importantes y salgo del cubículo, donde dejo abandonada mi maleta, color rojo pasión.

Conozco la ruta de memoria y no ha cambiado. Con el RER y el metro, en menos de una hora, me planto en mi antiguo barrio.

He vuelto pocas veces a la ciudad, pero siempre, absolutamente siempre que cojo el metro en París, me acuerdo de Sergio dormido, casi roncando, y me recuerdo muy joven en el andén de Les Sablons, de madrugada, ante la puerta del tren a punto de cerrarse, gritándole para despertarlo, para que no se fuese solo hasta La Défense, para no volver yo sola al piso en el que entonces vivíamos juntos. Nos recuerdo un minuto después riendo sentados en el banco de la estación, yo casi ahogándome, él todavía medio grogui.

Hoy bajo en Anatole France. Aquí nunca han encendido guirnaldas navideñas de lado a lado de la calle, siempre vistieron los árboles de esas micro bombillas blancas que en Madrid descubrimos hace relativamente poco. Todavía es pronto y están limpiando el asfalto y las aceras bajo una llovizna brillante. Me siento rejuvenecer, atravesando el barrio sola con mi mochila. Creo que, con un *walkman* y con cinco kilos menos, ahora mismo podría volver a ser la Azul de diecisiete años que se dirigía al Lycée algo antes de las nueve.

No he avisado a Mary Poppins. Quiero darle una sorpresa y quiero comprobar si me reconoce. No he venido a visitarla en siete u ocho años.

Giro la esquina de Voltaire con Président Wilson, cambio de acera y, al cabo de una manzana, ya la veo barriendo el portal con la espalda bien recta y su falda larga hasta los tobillos. Aún hoy se me hace raro creer que no limpie haciendo chasquear los dedos. Ya debe de rondar los setenta. Me mira, claro que me mira, porque ella lo mira todo, pero mi abrigo verde, mi bufanda hasta los ojos y mi gorro hasta las cejas no la dejan verme bien. Sigue barriendo mientras me acerco.

—*Bon jour, Madame Poirier.*

Se gira con cara de haber reconocido algo. ¿Mi acento?

¿Mi voz? Me mira frunciendo el entrecejo y, al cabo de un segundo, me baja la bufanda con las puntas heladas de los dedos.

—*Pour toi, toujours Madame Poppins.* —Se ríe—. Buenos días, mi niña —dice con acento francés mientras apoya la escoba en la fachada y me abraza.

El edificio es estrecho, muy estrecho, todavía más estrecho que cuando yo me mudé. Se trata de una casa de tres plantas con ínfulas parisinas. Pese a su pequeñez, reproduce los acabados de los grandes edificios de la segunda mitad del XIX, con esas fachadas sucias y con esos típicos tejados poco inclinados de un gris azulado que solían encerrar las habitaciones para el servicio y de los que sobresalen mansardas blancas. La pensión de Madame Poirier corresponde a una cascada de herencias y a una adaptación progresiva del espacio. Tiene dos ventanas en cada altura y una sola en el centro del tejado. La planta baja acoge la cocina y un comedor para todos, además de un patio trasero. Arriba, hay dos habitaciones por planta; ella prefiere los huéspedes fijos, como fui yo durante parte de mi curso en el Lycée. Ya hace décadas que reformó la buhardilla y convirtió toda la planta en una sola *suite* con baño propio; una gran habitación con caparazón color marengo, con esa ventana por la que aspiro a sacar mi cabeza de tortuga en los días de sol. Cuando me suelta y consigo respirar, cruzo los dedos y pregunto:

—*Il y a quelqu'un dans la suite du grenier?*

—*T'aurais dû m'appeler. Tu viens comme ça? Pas de valise?*

—*C'est une longue histoire.*

Me invita a pasar. Sin preguntar, me quita la mochila y el abrigo. Ella también se quita el suyo, largo y negro, y lo cuelga todo en el perchero de pie de la entrada, de madera oscura. Ahí sigue también el paragüero donde Mary guarda los para-

guas con los que sale a volar para controlar desde el cielo que todos estamos bien.

Pasamos al salón, siempre tan caldeado, con el olor a café impregnado en el papel rosa de las paredes. Todo está igual que entonces: la mesa con su tapete blanco, las ocho sillas de caoba, el piano desvelado, la alfombra roja sobre el parqué castigado, las tres reproducciones descoloridas de bailarinas de Degas enmarcadas en dorado...

Se sienta a mi lado y me planta delante uno de aquellos cafés azucaradísimos, porque lo sabe, porque me conoce y entiende que vengo enferma y que necesito esa píldora suya tan mágica, la que pasa mejor «con un poco de azúcar», como cantaba Julie Andrews en la peli.

Me toco la tortuguita de plata que llevo en el segundo agujero de mi lóbulo derecho justo antes de que me asalte el recuerdo.

Sergio siempre me reñía cuando me veía ponerme tanto azúcar.

—Te vas a poner enferma, Azul, te lo digo en serio. No es solo que engorde, flacucha, es que afecta a la piel, ¿lo sabías?

—Ni idea. Creía que solo te hacía polvo los dientes.

—Mira, si empiezo a hacerte la lista de los motivos por los que nadie debería tomar azúcar...

—Pues no empieces. Déjame disfrutar de mi postre, tío.

Pero cuando nos conocimos no nos hablábamos así. Todavía no. La primera vez debió de decirme algo tipo:

—Oye... Perdona que me meta pero... ¿Sabes que el azúcar no es demasiado bueno para la salud? Es que veo que te has metido como cuatro cucharadas en el yogur y, la verdad...

Al principio de nuestro curso en París, Sergio era así, un zaragozano educado y cultivado que ni siquiera había cum-

plido los diecisiete. Durante el primer trimestre, todavía se esmeraba en hacerse la raya y se peinaba hacia un lado su corto pelo castaño claro. Como a todos nosotros, aquel año lo cambiaría, y mucho.

Me dejé caer en el sofá, que olía al tabaco de la señora, y puse las botas sobre la mesita de centro.

—Sergio, ¿a ti te habían dicho que seríamos dos en esta casa?

Él, que me había seguido desde la cocina, todavía de pie, negó con la cabeza, mientras yo me metía en la boca una cucharada a rebosar de exquisito yogur.

El Lycée Espagnol de París era algo así como una embajada, territorio español en un barrio parisino. Allí asistía tanto la hija del cónsul como el hijo del portero de escalera extremeño, tanto el hijo de la directiva de Renault desplazada por un año a la central como la hija del futbolista gallego fichado en Francia. Incluso algún latinoamericano. Y después estábamos los pijos enviados por los papis a aprender francés, pero sobre todo, a aprender *muchas cosas de la vida*.

La administración del instituto había buscado una *familia* para acogerme y había prometido que yo sería la única huésped, para garantizar mi aprendizaje de la lengua. Pero no, a los dos nos habían vendido el mismo cuento. Madame Avarice —así la llamábamos— vivía sola, nos llenaba el congelador de comida precocinada y nunca, nunca, nunca hablaba con ninguno de sus dos estudiantes españoles. De hecho, incluso después de comenzar las clases y durante un par de semanas, pese a estar en clases separadas, porque él era de letras y yo supuestamente de ciencias, Sergio fue mi único interlocutor.

Bueno, vale, Sergio y la cabina de la esquina, desde la que cada tarde, sin excepción, yo llamaba a Gato.